

Empezaremos por ocuparnos en los insinuantes, hábiles, sutiles y resbaladizos políticos mexicanos, consumados maestros en intrigas, que con sus astutas maniobras consiguieron comprometer en la aventura a las más grandes potencias europeas, e interesar en ella, por añadidura, al Vaticano; no obstante las sesudas y vatídicas observaciones de John Rusell, el embajador en la corte de Austria, acreditado por Inglaterra: "Esta clase de gente —los refugiados mexicanos, escribía el diplomático—, es famosa a causa de sus cálculos sin fundamento sobre la fuerza de sus partidarios en su país natal, y por la extravagancia de sus esperanzas de socorro. El gobierno de Su Majestad, por lo que a él respecta, no concederá ningún apoyo a semejante proyecto. Mucho tiempo se requeriría para consolidar un trono en México, así como para convertir al soberano en independiente de todo apoyo extranjero. Si este apoyo llegare a ser retirado, los republicanos de México podrían expulsarle, y esta posición no sería ni digna ni segura".

Entre los más conspicuos de los siniestros exiliados, destacaban José María Gutiérrez de Estrada, Juan N. Almonte y José M. Hidalgo, de tiempo muy atrás empeñados en entregar al país a un príncipe extranjero.

EN CUANTO VE ABORTADA SU AMBICION EL HIJO NATURAL DE MORELOS SE VUELVE MONARQUISTA

Juan Nepomuceno Almonte era hijo espurio de aquel esplendoroso genio militar y político, que en el horizonte de México se yergue con las proporciones de un titán. Su glorioso padre, según acordes están numerosos autores, improvisóle aquel apellido, porque, en cuanto amenazaban con aproximarse las tropas virreinales, para ponerle a salvo de peligro, ordenaba: "El niño AL MONTE".

Por desgracia el tristemente famoso vástago, no heredó ninguna de las patrióticas virtudes de su egregio progenitor don José María Morelos y Pavón.

A raíz de emancipado México del dominio español, Almonte, republicano activo y militante, sostenía con vehemencia la necesidad de expulsar a los peninsulares que aquí quedaban, y públicamente contraía un solemne compromiso desde la tribuna del congreso:

"No permaneceré en esta asamblea —proclamaba en 1829—, si concede el perdón a los verdugos de mi padre". Pero, al ver defraudadas sus ambiciones de convertirse en Presidente, declaróse el más fervoroso partidario de la monarquía y, trasladado a París con el carácter de embajador del gobierno de Miramón, entregárase a intrigar en Europa infatigablemente, para atraer el apoyo de Napoleón III al establecimiento, en México, del régimen imperial.

Doblado, al protestar contra los expedicionarios franceses, que sin el menor escrúpulo violaron los preliminares de los convenios de Soledad; define, sin eufemismo, la condición a que el obcecado monarquista ha descendido, y lo califica, sin ambages, con las siguientes palabras: "Jamás ni el gobierno ni la nación mexicana han recibido noticia oficial de la misión que los comisarios atribuyen a Almonte. Para aquellos, es un traidor que ha sido puesto fuera de la ley por un acto de administración interna, en la cual los extranjeros que se han comprometido solemnemente a respetar la legalidad del gobierno constitucional, no tienen derecho a intervenir".

CINICAMENTE HACE ALARDE DE QUE LLEGA APOYADO EN LAS BAYONETAS EXTRANJERAS

La actitud de Juan Nepomuceno era tan descarada que, después de intentar Cobos, en un último y supremo esfuerzo, inducirle a variar sus insanos designios, "a todas las razones que le expuso con el mayor encarecimiento, contestó que estaba resuelto a cumplir con los compromisos que había contraído en Europa, a donde no podía volver si sus planes se frustraban; "pero esto no sucederá, porque (aquí sus textuales palabras) **no vengo, me dijo, atendido a las fuerzas del país, que de nada me servirán; por eso traigo bayonetas francesas**".

Y, de quienes llegan al frente de ellas, soportará, sin chistar, —cuando no exhibiéndose en los más oprobiosos extremos de la lisonja y del incondicionalismo, con tal de conservarse en su menguado favor—; humillaciones y sonrojos sin número.

Jules Favre, en el discurso que desde la tribuna del cuerpo legislativo fulminó contra la aventura intervencionista, aniquiló a Almonte con un candente anatema:

"¿Y qué pensar, señores, os lo pregunto, de la conducta y de la moralidad del que llega a desencadenar así, sobre su

propio país, la plaga de la guerra extranjera? ¡Ah, señores, os lo confieso: en vista de acción tan incalificable, me es imposible reprimir los sentimientos de mi corazón! ¡Cómo Francia ha podido cubrir con su bandera una acción semejante!"

Por otra parte, *La Presse* clasificaba a los mexicanos intervencionistas como parásitos "que han querido convertir esta campaña en una mina para explotarla en provecho de sus intereses personales..."

JOSE MARIA HIDALGO LECHUGUINO INSUSTANCIAL
PERO REDOMADO INTRIGANTE EN CORTES EUROPEAS

En lo que se refiere a José María Hidalgo, el cómplice entrañable e inseparable de Juan N. Almonte, en las maquinaciones para despojar a la Patria de su soberanía; ese acomodaticio y muelle cortesano, satélite de la emperatriz Eugenia, cuya voluntad llegó a subyugar hasta convertirla en agente eficazísimo de sus propósitos aviesos, había renegado de la nacionalidad mexicana para adoptar la española. Y, a semejanza de los demás individuos de su especie, no perseguía en el complot, más que la recuperación de su personal fortuna, aún a costa del más doloroso de los sacrificios que la intervención y el imperio, de vida tan pernicioso como fugaz, iban a imponer a México.

Desde 1854 tuvo nexos con los monarquistas, que por aquel entonces soñaban con exaltar al trono mexicano al infante don Juan de Borbón.

Estaba Hidalgo a punto de ser trasladado de la representación diplomática de México en Londres, a la de Washington, cuando Gutiérrez de Estrada interpuso su influencia y consiguió que se le destinara a Madrid con idéntico empleo, sin recibir consigna del Secretario de Relaciones, para que ayudara a su protector en los empeños monárquicos; pero a hurto del jefe de la misión, señor Vivó.

El mismo empecatado lechuguino, dejó memoria escrita de su puño y letra, de cómo incesantemente intrigaba con Napoleón III y con Eugenia, en cuya intimidad era admitido.

HUESPED DE LOS EMPERADORES EL OBCECADO
AGENTE MONARQUICO INTENTA EL GRAN GOLPE

Corti, con municioso acierto, reproduce una de aquellas entrevistas, que nos da perfecta noción de cómo Hidalgo no desperdiciaba oportunidad para procurar el favor de los soberanos franceses a la peligrosa causa que se imponía la restauración del régimen monárquico en la despedazada República Mexicana.

"En septiembre de 1861, dice aquel ilustre historiador, Hidalgo vino en conocimiento, por cartas que recibió en Biarritz, —el correo desde México tardaba, debido a la larga travesía, casi tres semanas y todavía no había cable— de los sucesos que habían tenido lugar en México en el mes de julio, de la indignación y de los planes de los representantes de las potencias. (El autor se refiere a la suspensión de pagos de la Deuda Exterior, decretada por el Congreso Mexicano). Dedujo de ello que las potencias sólo podían actuar ya en México por la fuerza armada, y decidió aprovechar la ocasión.

"Precisamente se encontraba de huésped con los emperadores y había recibido las cartas poco antes de la comida. Resolvió, como él mismo escribe, intentar el **grand coup**. Cuando, terminada la comida, la emperatriz se sentó en una mesita con sus dos damas para hacer labores, Hidalgo tomó asiento a su lado en un pequeño taburete y le dijo al oído:

"—Majestad, acabo de recibir unas cartas muy interesantes, los sucesos nos favorecen y creo que la idea de la intervención y del imperio se puede realizar. Quisiera decirselo al emperador". La emperatriz se levantó, salió un momento del salón, volviendo poco después para llamar a Hidalgo y entrar con él en el despacho del emperador. "Cuenta usted al emperador lo que me acaba de decir", dijo a Hidalgo.

"El emperador, que tenía en la mano una carta del rey de Siam, se la enseñó a Hidalgo como curiosidad, la puso sobre la mesa, se levantó, encendió un cigarrillo y se volvió hacia Hidalgo.

ARGUYE QUE A LA EMPRESA INTERVENCIONISTA
COLABORARIAN ESPAÑA E INGLATERRA GUSTOSAS

"Sire, dijo éste, hace mucho tiempo que había perdido las esperanzas de ver realizarse las ideas de las cuales hace ya

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CAPILLA ALFONSO X

cuatro años que tengo el honor de hablar a Vuestra Majestad, pero Inglaterra, del mismo modo que Francia y España, irritadas por la política de Juárez, enviarán barcos a nuestros puertos. Ahí tenemos, Majestad, la intervención inglesa que necesitábamos. Francia no procederá sola, cosa que Vuestra Majestad deseó siempre evitar. España hace tiempo que está dispuesta; el general Concha me dijo hace poco que dejó en la Habana seis mil hombres que están preparados para desembarcar en Veracruz, pero el gobierno de Madrid prefiere actuar de acuerdo con Francia y a ser posible con Inglaterra. Se podría, pues, enviar a Veracruz la encuadra francesa, inglesa y española y desembarcar los seis mil españoles. México, ante las tres banderas unidas, reconocería todo el poder y la superioridad de esta alianza y la inmensa mayoría del país podría apoyarse sobre las potencias intervencionistas, aniquilar a los demagogos y proclamar la monarquía, que es lo único que puede salvar a la nación. Estados Unidos están sufriendo las calamidades de una guerra, no se moverán y, por otra parte, nunca se enfrentarían a las tres potencias unidas. Que se presente la bandera aliada, Sire, y yo respondo a Vuestra Majestad de que el país en masa se levantará y apoyará la bienhechora intervención".

"A esto respondió Napoleón: "No he recibido todavía los telegramas del señor Thouvenel. (Ministro francés de relaciones desde el 4, I, 1860 hasta el 15, X, 1862). Si Inglaterra y España están dispuestas a ir allá y los intereses de la Francia lo exigen, yo también tomaré parte, pero sólo enviaré la escuadra, no tropas de desembarco y si el país declara que quiere organizarse apoyado por las potencias europeas le tenderemos la mano. Por otra parte, como usted dice muy bien, la situación de Estados Unidos es (para esto) muy favorable".

PROMETIA QUE LOS PARTIDARIOS DEL IMPERIO
NO TENDRIAN AGRADECIMIENTO SINO A FRANCIA

"Hidalgo creía soñar y veía ya realizados sus deseos. Inmediatamente respondió al emperador: "Sire, suceda lo que quiera, se lo agradeceremos sólo a Francia; permítame Vuestra Majestad la pregunta de si tiene un candidato, pues los mexicanos lo aceptarían por venir de Vuestra Majestad como si lo hubiesen elegido ellos mismos".

"El emperador se volvió de espaldas, encendió otro cigarrillo y respondió tranquilamente: "No tengo ninguno".

"La emperatriz, hasta aquel momento, no había pronunciado una sola palabra. Hidalgo dijo entonces mirándola: "No podemos pensar en un príncipe español, el señor Mon (Mon, Alejandro, embajador español en la corte de París), me ha dicho siempre que es triste decirlo pero que no hay ninguna elección posible.

"En realidad, intervino la emperatriz, es posible una elección por ese lado y esto es una desgracia, pues si hubiese un príncipe español sería el más indicado". La emperatriz e Hidalgo nombraron después dos o tres príncipes de Alemania, pues todos tenían inconvenientes, como por ejemplo la religión o la importancia relativamente pequeña de sus países.

RECORDANDO QUE DESDE 1846 PAREDES PEDIA
UN ARCHIDUQUE. SE MENCIONA A MAXIMILIANO

"Cuando el príncipe de Metternich, observó Hidalgo, se opuso a la elección del duque de Módena, ¿dijo por lo menos algo de si un archiduque austríaco aceptaría esa corona? Pues no se debe olvidar que ya en 1846 el presidente Paredes, que quería realizar los proyectos del fundador de la independencia de México, pidió un archiduque y el mismo Gutiérrez Estrada estuvo en Viena con este objeto.

—"¿Pero qué archiduque", —preguntó Eugenia.

—"Creo, —respondió Hidalgo—, que se habló del archiduque Reiner".

—"Sí, —dijo la emperatriz— pues el archiduque Maximiliano no querría".

—"Oh, no, no aceptaría", —añadió Hidalgo y el emperador terció igualmente: "Oh, no, no querría".

"Siguió un momento de silencio hasta que la emperatriz que había permanecido de pie, de repente, como movida como una inspiración, se dió con el abanico un pequeño golpe en el pecho y exclamó: "¡Quién sabe! Tengo un presentimiento que me dice que aceptará".

—“Lo podemos probar —dijo Hidalgo—, y yo puedo escribir a Gutiérrez de Estrada para que vaya a Viena a sondear a su Alteza Imperial”.

“El emperador hizo un movimiento como queriendo decir que esto debía ser hecho por los mexicanos, pues la iniciativa debía partir de ellos. La emperatriz habló elogiosamente del archiduque Fernando Max, pero añadió que no se opondría a la elección del pueblo mexicano cualquiera que fuese el príncipe que eligiese.

REBOSANTE DE JUBILO SALE A REFERIR A WALESKI EL EXITO OBTENIDO

“Hidalgo abandonó el despacho del emperador lleno de alegría y de grandes esperanzas. Algunos minutos después volvió la emperatriz al salón en el cual se encontraba el ministro de estado, conde Waleski. Le llamó a la terraza y le contó todo lo que acababan de hablar. Después se volvió hacia Hidalgo y le dijo: “He contado al conde nuestra conversación”. El conde Waleski añadió: “Señor Hidalgo, usted se acordará que cuando yo era aún ministro de relaciones exteriores usted me habló muchas veces de su deseo de ver intervenir a Francia en los asuntos de México y yo le dije siempre que eso era imposible. Pero hoy la situación ha cambiado y considero la cosa completamente factible. ¿Qué puedo hacer por usted?”

“Hidalgo le rogó que le permitiese usar un momento el telégrafo ministerial para comunicar a Gutiérrez de Estrada, que se encontraba en París con motivo de la boda de su hijo, que tendría que marchar a Viena para realizar gestiones sobre la cuestión mexicana. También informó de la conversación al general Almonte, el cual ya desde el tiempo de la ascensión de Juárez al poder vivía en París y había conseguido asimismo una posición de confianza en la corte francesa, en la que también había ayudado mucho a Hidalgo. Tampoco estaba ya como embajador de México en París, pues Juárez lo había destituido y desautorizado inmediatamente, sino como un emigrado descontento con el gobierno de Juárez, como el enemigo más acérrimo del presidente mexicano, y hacía todo lo que a éste pudiese dañarle y a ser posible derribarle de su puesto. Había intrigado de continuo en todos los círculos de

la capital y en la corte para que Francia interviniese en México. Incluso había hecho esto mucho antes de que Hidalgo llegase a París. Ahora cooperaba con Gutiérrez de Estrada e Hidalgo, pero inteligentemente se mantenía más unido a este último, pues como vivía en París tenía ocasión de ver lo estimado que era Hidalgo por la emperatriz. Además lo separaba de Gutiérrez de Estrada el hecho de que este estaba muy unido a Santa Ana, en tanto que Almonte no tenía ya ninguna simpatía por su antiguo favorecedor. Sabía que en caso dado Santa Ana llevaría la voz cantante en México después del monarca y esto no le convenía pues tenía la suficiente ambición para preferir desempeñar él mismo ese puesto. Por eso se mantenía más unido a Hidalgo, porque sabía que éste, sucediese lo que sucediese, no quería abandonar su excelente posición en la corte francesa.

“Thouvenel, ministro francés de relaciones exteriores, bien dispuesto personalmente hacia la empresa mexicana, consideró, sin embargo, por precaución y atentamente, a los emigrados mexicanos en París que figuraban en el asunto. Con Hidalgo, naturalmente, no se atrevía, pues su posición en la corte imperial era demasiado fuerte, pero podía criticar a Gutiérrez de Estrada y a Almonte. Del primero tenía la peor impresión. A sus ojos este Gutiérrez de Estrada no era más que un fanático ultramontano, un charlatán. Por eso recomendó a Almonte para la misión de ir a México como hombre de confianza del emperador porque un Gutiérrez con “sus opiniones antidiluvianas” sólo podía perjudicar el asunto”.

ESTABA AVASALLADO POR LA OBSESION DE RECONSTRUIR Y ACRECER SU FORTUNA

Quando las bastardas ambiciones de Hidalgo se exhiben en toda su desnudez y descaradamente, es cuando, triunfante ya el Imperio, no se preocupa sino de recuperar y de aumentar su fortuna personal: “Este hombre no parecía defender como debía los intereses de México (?) cerca de los emperadores y de los diferentes ministros del gobierno de París.

“Poco a poco concibió Maximiliano la idea de que Hidalgo estaba materialmente interesado en el desarrollo de los sucesos y de que eran estos intereses a los que se debía su celosa colaboración en la fundación de una monarquía me-

xicana. En agosto de 1862 el padre de Hidalgo había sido declarado traidor a la patria por un decreto de Juárez y como castigo le habían incautado sus haciendas. Hasta entonces la familia de Hidalgo obtenía de ellas, según parece, 60,000 francos de renta, que perdieron con la confiscación. El joven Hidalgo y su hermana, que vivían con suntuosidad entre la mejor sociedad del segundo imperio, tuvieron que vender su casa de París, gastaron también el resto de su fortuna y, por último contrataron deudas. Ya en mayo de 1863, Hidalgo había rogado a Napoleón que le ayudase y el emperador ordenó primero a Forey y después a Bazaine que mandasen evaluar las pérdidas que Hidalgo y su hermana habían sufrido y que les pagasen una suma correspondiente a dicha pérdida. Los generales ordenaron, en efecto, que las haciendas fuesen devueltas a sus poseedores legítimos, los dos hijos de Hidalgo, pero estos prefirieron vivir en seguridad en París, incluso después que Maximiliano se había hecho cargo del gobierno. No obstante, éste les envió espontáneamente una cantidad de dinero para que pudiesen pagar las deudas que, al parecer, procedían todavía del padre de Hidalgo.

"Entonces escribió Hidalgo a Eloin que esta suma no era suficiente, es cierto que las haciendas le habían sido devueltas, pero estaban devastadas y no daban ningún rendimiento. Los daños ascendían a 100,000 pesos que se le debían indemnizar. Estas haciendas podían ser vendidas al gobierno e indicaba otras cosas por el estilo. A Maximiliano esto le pareció una exacción velada..."

ASTUTO OBSERVADOR DE LA INFLUENCIA FEMENIL SABIA COMO CAPITALIZARLA PARA LOGRAR SU FIN

El taimado intrigante aprovechaba también a maravilla su buena estrella con el bello sexo, cuya decisiva influencia en las resoluciones de los poderosos estaba muy lejos de pasarle inadvertida.

Hidalgo descubre la experiencia que a este respecto adquirió, cuando, refiriéndose a lo consorte de Napoleón III, escribe: "En nuestros tiempos, las mujeres tienen voto e influencia en los asuntos políticos y si toman un asunto bajo su protección pocas veces dejan de tener éxito, por lo que nunca he dejado de hacer que intervenga en mis asuntos este gracioso complemento del sexo femenino, en especial aquellas mujeres que

por su posición y su talento podían ser más útiles a mis propósitos".

Pero, atento sobre todo a su bienestar personal, en cuanto, con su fino olfato, percibe los primeros síntomas de que el clima de la corte de las Tullerías, donde desempeñaba la representación diplomática del imperio mexicano, va a cambiar desfavorablemente para el archiduque, no se preocupará sino de fortalecer su fortuna personal: "El mexicano empezaba a sentir que su juego estaba perdido y, a última hora, se esforzaba en ganar lo más posible para su persona. Así, pedía a Maximiliano que le asegurase una renta independiente de su sueldo, y, además, un título que correspondiese a la antigüedad de su familia. Se quejaba de haber perdido ya por cuarta vez, a causa de su pobreza, un buen matrimonio noble. En palabras llenas de elogio de sí mismo aludía a sus "veinte años de trabajo por su patria" (!) que le habían costado la salud y terminaba con el ruego de que le concediesen un año de permiso. A este fin solicitaba una suma de dinero, la fijación de cuya cuantía dejaba a juicio del emperador con la indicación de que debía ser suficiente para que durante el tiempo de vacaciones pudiese llevar una vida digna. Hidalgo había comprendido ya el cambio de las intenciones de Napoleón en el asunto mexicano. Pero, lejos de notificarlo a su emperador y señor, como hubiera sido su deber, este hombre, que es responsable como ningún otro del trágico fin de Maximiliano, pensaba sólo en sí mismo y en su bienestar".

A SER LLAMADO A MEXICO LE ACOMETE UN TERROR PANICO Y LO ABANDONA OCULTAMENTE

Cuando el Habsburgo le llama a México para que verbalmente le informe de su gestión como embajador en Francia, pondrásele a Hidalgo carne de gallina, al solo pensamiento de que habrá de abandonar, siquiera sea temporalmente, la vida holgona y regalada que en la esplendorosa metrópoli francesa lleva, y de que verá obligado a desafiar las contingencias de un país que libra una sangrienta lucha. Solicitará con implorante acento que se le proporcionen escoltas numerosas que, en el trayecto de Veracruz a la capital, le pongan a cubierto de la menor amenaza de peligro. "Ahora el valiente, que temía las consecuencias de sus maquinaciones, tenía sólo el deseo de "poder vivir tranquilamente en cualquier parte".

Estrechado por los apremios del archiduque, acaba al último apersonándosele, y da clara muestra de que su espíritu es tan resuelto en la intriga, como timorato en cuanto avizora el más remoto riesgo. He aquí lo que Corti nos cuenta de su vertiginosa visita al país: "Temblando de miedo fué a México, donde se convirtió en una figura casi ridícula. Cuando el emperador le invitó en una ocasión a dar un pequeño paseo a caballo por los alrededores, apareció armado hasta los dientes y se asombró mucho de que el paseo se realizase en compañía de un solo palafrenero".

Mexicano renegado y funesto para la que había sido su patria, también, recalquémoslo, será desleal a Maximiliano, que "ya hacía tiempo que observaba con desconfianza a Hidalgo, el cual no se cuidaba de otra cosa que de conservar las simpatías en la corte francesa y, a cambio de ello, sacrificaba con gusto los intereses de su patria (?) y de Maximiliano".

Cuando Hidalgo se entera de que el farragoso Almonte ha sido nombrado para sustituirle en el cargo de embajador en París, y que a él se le asigna el de consejero de Estado, posee un terror pánico, al considerar que puede verse obligado a residir en México. "Comprometido como estaba, convencido de que el imperio, al que había defendido con tan apasionado celo, estaba condenado al fracaso ahora que Napoleón se retiraba de la empresa, vió ante sus ojos su propia ruina. Sin dudar un momento, sin despedirse de nadie, desapareció en secreto de México para emprender su viaje de retorno a Europa...".

Pero ya su privanza con Napoleón y con Eugenia, había decaído a ojos vistos. Sin embargo, se procuró constancias de que en todas partes era grato, y "lleno de rencor, vivió como particular en París. Su funesto papel ya había terminado y desde ahora, sin intervenir en nada, observaba desde la segura Europa el hundimiento del vacilante edificio de cuya erección era tan responsable".

GUTIERREZ DE ESTRADA OBCECADO MONARQUISTA Y JESUITICO CLERICAL A MACHA-MARTILLO

El triángulo de los más descollantes maquinadores, originarios de México y autores de sus más penosas desdichas,

complétase con José María Gutiérrez de Estrada; en quien el restablecimiento de la monarquía con un príncipe extranjero a la cabeza, llegaba a rayar en obcecación.

"Este hombre, de una rica familia criolla, nació en México en 1800, se dedicó a la carrera diplomática y cuando tenía sólo 21 años de edad formó parte de aquella comisión que ofreció al archiduque Carlos la corona de México. Después fué embajador de México en Viena, donde casó con la marquesa de St. Laurent, cuya madre contrajo nupcias más tarde con el conde Rodulf Lützow y llegó a ser camarera de la corte de Fernando Max. Vuelto a México fué incluso durante algún tiempo Ministro de Relaciones Exteriores. Era un hombre de ideas jesuíticas, fanáticamente clerical, reaccionario y conservador hasta la médula, intransigente e inaccesible en absoluto a cualquier opinión distinta de la suya. Durante toda su vida siguió siempre, sin desviarse de ella lo más mínimo, la línea que le trazaban sus creencias...".

Recalcitrante hasta decir Eugenia que en él reencarnaba Felipe II, y que de buena gana, si pudiera, restablecería los quemaderos de la Inquisición, en México.

Su prolongada residencia en Europa, de consuno con el despecho político que le corroía el ánimo, habíale ido desvinculando cada vez más del país, en cuyos asuntos públicos llegó a no ver más que una oportunidad de medro y una ocasión para tomar la revancha contra el partido triunfante.

Desempeñaba el cargo de ministro de México en Roma, cuando contrajo —ya se advirtió— matrimonio con una extranjera, como para acabar así de desatar todo nexo con su tierra de origen. Ni con Maximiliano se resolvió a regresar a ella; a pesar de que, jefe del partido monárquico desde 1840 y blanco de la general animosidad, que le concitó una carta que publicó y en que daba suelta a sus censurables tendencias de recalcitrante, tuvo desde entonces que expatriarse; temeroso de perder existencia y caudal.

Aunque vinculados todos sus intereses de familia y de fortuna en el Viejo Continente, no se desvió un ápice del desastroso camino que se había trazado, de colaborar en la perdición de la tierra que había sido su cuna. Pero a pesar de que nunca jamás a ella volvió, tuvo en sus destinos "una influencia fatal y de grandes consecuencias".

Como que fué uno de los más activos tramadores del complot en que el archiduque Maximiliano estaba llamado a ser la víctima propiciatoria de las propias y de las ajenas ambiciones; pero Gutiérrez de Estrada, a semejanza de los más caracterizados miembros de su partido, mantúvose a enorme distancia del más leve peligro que a su persona pudiere amenazar.

Durante la visita que el Habsburgo, ya en viaje para México, hizo a la Ciudad Eterna, el ampuloso optimate del partido clerical mexicano, ofrecióle una espléndida recepción en el suntuoso palacio Mascotti, uno de los más bellos y espléndidos de Roma, entonces propiedad del emigrado. Pero, cuando el príncipe sin ventura, al sentirse perdido, pensará en abdicar como única salida para escapar a la muerte que apremiante le acecha, el pertinaz y cauteloso monarquista, que había adquirido sobre él una "influencia hipnótica", en su estilo rimbombante y barroco, le abrumará con los más contundentes argumentos, en que barajará dignidad, valor, honor, linaje, para que no retroceda, para que no flaquee frente a la lúgubre fatalidad. El, que, siempre timorato y precavido, se mantuvo a la sombra de seguro reparo, para no desafiarla.

Cábala de Aventureros Renegados y Bastardos

—Continúa—

Sospechas de que Veruel fué el padre de Luis Napoleón — El nacimiento de Eugenia envuelto en brumas — El Emperador la deseaba febrilmente para una aventura más — La Emperatriz travesea por los suburbios de París — El mal olor conyugal produjo un fumador empedernido — Morny, refinado gigolo y socio de toda especulación poco limpia — De cómo el usurero Jécker se confabuló con él — De dónde procede el apellido del espurio Morny